



Universidad Politécnica Salesiana

**El hombre
que se
convirtió
en
camino**

Fernando
Pesántez-Avilés



CARRERA DE EDUCACIÓN

Grupo de Investigación GI-IATA

En un pueblo olvidado por el tiempo y por el Estado, donde las enfermedades se combaten con silencio y las heridas con memoria, un joven médico llega dispuesto a cumplir su deber. Allí conoce al señor Paquí, un anciano errante que parece saber más de la vida que cualquier tratado científico.

Guiado por él hacia los páramos y hacia comunidades invisibles para el mundo, el médico descubrirá que sanar no siempre significa curar, y que el verdadero servicio nace cuando se camina junto a los otros.

Entre saberes ancestrales, secretos ocultos y la resistencia de pueblos que sobrevivieron al olvido, esta historia es un viaje espiritual sobre identidad, pertenencia y destino. Porque hay caminos que no se recorren con los pies, sino con el alma.

Y hay hombres que no siguen el camino... se convierten en él.



ISBN: 978-9942-52-031-4



9 789942 520364

**El hombre
que se convirtió
en camino**

Fernando Pesántez-Avilés

El hombre que se convirtió en camino



2026

El hombre que se convirtió en camino

© Fernando Pesántez-Avilés

Ira. edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
P.B.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE EDUCACIÓN
Grupo de Investigación GI-AITA

ISBN impreso: 978-9942-52-036-4

ISBN digital: 978-9942-52-037-1

Ilustraciones de portada e interiores: Generada por Gemini Google

Diseño, diagramación e impresión: Ediciones Abya-Yala

Tiraje: 300 ejemplares

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.156>

Impreso en Quito-Ecuador, febrero de 2026

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana.

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad del autor.



Índice

Capítulo I. El señor Paqui	7
Capítulo II. Un pueblo desolado	15
Capítulo III. Camino al páramo	23
Capítulo IV. Entre hierbas	33
Capítulo V. El mal de altura	45
Capítulo VI. Mirando el cielo	55
Capítulo VII. Llegando a Nueva Esperanza	67
Capítulo VIII. Conociendo a la tribu	77
Capítulo IX. Descubriendo un secreto	89
Dedicatoria	99
¿Quién fue Paqui?	103
Epílogo. Yaraví del caminante	107
Datos del autor	113

Capítulo I

El señor Paqui



El señor Paqui era quizás el hombre menos afortunado de su pequeño pueblo, esto en la opinión de sus vecinos. Su aspecto era el de un pordiosero; vestía de harapos, aunque si uno observaba con detenimiento, hubiese sido fácil intuir que su traje, alguna vez de lino claro, no era de herencia alguna, tampoco un regalo en caridad; era, sin duda, hecho para él en total medida, pues, aunque deteriorado por el abuso del diario vestir, se ceñía a su cuerpo y no era ni más largo o corto según el tamaño de su cuerpo.

Sus cabellos grises lucían grasos y, aunque no llegaba a parecer un rastafari, su larga melena ocultaba una frente con prominentes arrugas en las que se depositaba el polvo negruzco del hollín. Cuando el viento daba contra su faz, aparecían sus mejillas pálidas que configuraban su delgado rostro triangular. Una barba de cien días, poco tupida y blanca, hacía destellar su mirar desde unos ojos pardos, de los que simplemente se desprendía alguna forma de dolor oculto, aunque también de sabiduría. Era como ver un libro antiguo, lleno de polvo y carcomido por el inclemente tiempo, pero cuya imagen de portada daba a entender que su contenido era casi impenetrable para las mentes simples y sencillas de aquellos que daban con él.

Se lo podía ver con la aurora caminando por los bosques, arriando a un pequeño rebaño que consistía en dos cabritos y siempre en compañía de un perro mestizo al que llamaba «Trovador». Se suponía que no gozaba de buena salud, porque caminaba encorvado, con su mirar siempre al suelo y con pasos muy lentos; un bastón poco pulido, retazo de rama gruesa de un capulí, lo soportaba en ese trajinar. Trovador siempre a su costado, como manso amigo destinado solo a seguirlo.

Su rutina era muy simple: temprano, en cualquier mañana, una vez que subía al páramo, no se lo veía por días, para luego, y siempre en la noche, regresar a su pequeña casa, donde una chimenea desprendía el humo de una hoguera que casi nadie conocía, salvo yo. Quizás porque, para llegar ahí, se debía sortear un puente cuyo acceso no le estaba permitido a nadie, por la cerca con alambre de púas de cuatro hileras que contorneaba su propiedad. Era algo parecido a un pequeño fuerte.

Si algún transeúnte inadvertido pasaba por aquellos linderos y se encontraba con este extraño, rápidamente se imaginaba estar ante un místico personaje, del cual siempre una pequeña bolsa de cuero quedaba colgando del lado derecho de su cinto, gracias a una especie de correa tejida con las tripas curtidas de algún animal. Su olor, al contrario de lo que se hubiese esperado, era siempre a hierbas frescas, menta quizás o tal vez valeriana; una mezcla de contrastes exóticos.

No usaba sombrero ni nada que pudiera cubrirlo del impetuoso sol o de la lluvia regular propias del lugar. Aunque era un hombre de edad, parecía mucho más anciano que sus 71 años. En el pueblo había ya pocos que lo conocían de años juveniles, y nadie recordaba de él temas de interés común.

Los hombres de mediana edad lo saludaban con algo de recelo, en tanto que las mujeres y los niños, en especial, preferían no acercársele, pues lo creían un pobre demente que paseaba sin rumbo por las llanuras o entre las quebradas de los ríos.

Si le ofrecían un saludo, él simplemente inclinaba su cabeza hacia un lado, dibujaba una mueca que permitía ver que aún tenía sus piezas dentales completas y de brillo intenso, semejante al mármol; como respuesta, clavaba su mirar en los ojos del otro. Se podía decir que era un ser solitario, quizás enigmático.

Y, en verdad, guardaba un secreto.

Capítulo II

Un pueblo desolado



Había yo llegado al pueblo hace poco. Para finales de septiembre de 1972, las plazas médicas fueron sorteadas y me correspondía aquel lugar. Según el detalle de la carta del externado, debía pasar 11 meses ahí y dedicar con total vocación mi servicio, siendo fiel a mi juramento hipocrático y, sobre todo, ofreciendo posibilidades de salud con los pocos recursos que habría de encontrar.

De las dos cosas me ocuparía sin recelo; no importaría para mí el día, la hora, el clima o las distancias. Haría de mi servicio médico un verdadero testimonio bajo el cumplimiento de mi deber como miembro de la salud pública, pero, sobre todo, por la convicción que mantenía por las recomendaciones anticipadas que siempre mis padres me supieron inculcar respecto de cuidar, con mi profesión, a los más pobres. Mas mi sorpresa fue que pasaron muchos días antes de conocer a mi primer paciente.

No tuve mayores problemas con instalarme en la pequeña casa que se había reservado para mí, tema del que más adelante detallaré algunas novedades que requieren ser revisadas; más, en el caso del centro de salud —si así lo podemos llamar—, era un cuarto de 5 x 5 sin letrina interna, con dos

ventanales, uno con su vidrio quebrado, sin cortinas, con paredes pintadas quizás con el zumo de alguna fruta; con un libro de diagnósticos totalmente en blanco, sin hojas de registro; dos grandes repisas, una con algunos medicamentos caducados y la otra a la espera de algún uso; un par de sillas que hacían de recepción para los pacientes y un escritorio de metal muy vetusto. Sobre la puerta de madera externa se dejaba mirar un cartel del entonces Ministerio de Salud que decía: “Tu salud, nuestra principal tarea. Ven, vacúnate”. Una ironía cruel le parecerá a cualquiera que lea esta historia.

En mi primer día no tuve visita. Según las indicaciones que nos dieron antes de partir de la ciudad, suponía que esto cambiaría con el anuncio dominical que ofrecería en la iglesia al día siguiente del arribo. Si bien no pensé en ningún momento llegar al culto, en mi mente imaginé cómo serían dadas mis señas por el párroco local. Ya me veía frente al púlpito anotando toda clase de nombres, edades, enfermedades y dolencias por atender, más mi libreta nunca fue abierta.

Muy equivocado estuve: ninguna persona acudió a la plaza central, menos aún al santuario. No podía ser por condiciones de buena salud de las personas del sector, ya que un pueblo donde rara vez hay buen abastecimiento de agua potable, sin luz eléctrica y con antecedentes próximos en el tiempo de haber sido arrasado por el clima, con diluvios cuyas corrientías de agua se llevaron puentes, ganado y acabaron con los pocos pastos, no podía suponer una sede de bonanzas. Por el contrario, según averigüé antes de mi llegada al lugar y a través del informativo de salud rural, hace unos años este lugar fue más bien asolado por un brote de peste bubónica

que llevó a que el pueblo fuera prácticamente cerrado a toda visita y que los pocos habitantes del entonces lugar fueran, cual mitimaes, llevados y dispersados a vecindades próximas que no dejaban de ser lejanas, por la inexistencia de caminos carrozables, sino solo de senderos de menos de 50 cm que se pierden entre sector y sector. Pasado el tiempo, y controlada dicha peste por parte del Estado a través de una intervención más migratoria que de salud, algunos jóvenes, con la esperanza de recuperar lo que sus padres les heredaron, volvieron tras sus tierras y cabañas de adobe.

Esperé en vano un día adicional, considerando que alguien llegase a consulta. Para entonces, mejoré las condiciones del local: arreglé las bisagras y cambié el vidrio roto por un latón con agujeros para mantener ventilado el ambiente. De la puerta retiré los papeles de evidencia del II Censo Poblacional y el primero de Vivienda, que dató del año 62; seguramente el pueblo no habrá aportado ni con 120 almas a los casi 5 millones de habitantes que el país contó para entonces. Así también fueron retirados los quebrados despojos de la propaganda electoral de aquel período, donde el Partido Social Cristiano y el de la Concentración de Fuerzas Populares estimaron la ganancia a nivel país, incluso antes, de empezar los derechos del sufragio.

Dispuse las pocas medicinas aprovechables según los posibles diagnósticos, que debían ser los más habituales; así, los antibióticos para enfermedades pulmonares como la tuberculosis. Sin embargo, muchas cajas de estreptomycinina ya habían sobrepasado en más de dos décadas, lo cual correspondía en fechas, pues para inicios de 1960 se suponía controlada la peste gracias

a este medicamento y a la aparición de los sulfas como coadyuvantes para la profilaxis y el tratamiento de la enfermedad. En iguales fechas, el diclorodifeniltricloroetano, o popularmente conocido como DDT, aportó a la desparasitación, aunque luego se observaría desde el propio Ministerio la necesidad urgente de cambiarlo por insecticidas fosforados, a consecuencia de la resistencia a los organoclorados. Los rodenticidas como el 1080 y cianogás, para diezmar los reservorios y vectores de esta cadena pestosa, se mantuvieron en uso frecuente por lo menos un lustro adicional, según conocía de los detalles que me ofrecieran años atrás en la escuela de medicina.

Del botiquín advertí, a mi favor, otros medicamentos anti-diarreicos menos procesados, como el carbón vegetal activado y la pepsina; estos aún eran oportunos para apoyar a los posibles enfermos de gastroenteritis. Había varias cajas con filial cubana que, a pesar de tener un año de haber sido producidas según la marca del envoltorio, eran aprovechables por doce meses más; sin duda, un buen antiflatulento y digestivo que no esperaba por ser usado.

De lo habitual en un botiquín —gasas estériles, esparadrapo, alcohol, anestésicos o antisépticos con lidocaína—, ni siquiera del entonces popular mertiolate había. Un viejo manual de primeros auxilios, que había aguantado el polvo y la humedad, me quedaba para la lectura.

En ese momento, me pregunté cómo otras terribles enfermedades como la tosferina, la difteria, el sarampión o la viruela habrían sido enfrentadas por estas gentes, y, sobre todo, quién o quiénes habrían sido mis antecesores en este, mal llamado, despacho médico.

Capítulo III

Camino al páramo



Con el impulso natural de un investigador sanitario, tema que apasionaba a más de un joven salubrista, me sentí en la necesidad de conocer un poco más de la historia de esta población y del porqué de este abandono; me interrogaba a cada momento: ¿por qué nadie llega a consulta? ¿Qué prácticas de salud mantendrán? ¿Acaso se servirán de sus propios regímenes tradicionales por el desamparo estatal? Muchas otras preguntas se apoderaban de mi mente ante lo desolado de la situación; a decir verdad, mantenía un ruido mental tal grande que hacía decepcionante esta mi primera experiencia de salubrista rural.

Como opción única, debía acudir a las fuentes primarias: los pobladores.

Siendo primer día de semana, salí temprano con destino a la plaza central; bastaba caminar algo más de cuatro cuadras desde la pequeña covacha que tenía por casa. Como seña para que me identificaran, llevé puesto el mandil médico; mala decisión sería esta, pues, a poco de caminar sobre el enlodado fango, caí de bruces: mi boca besó aquella tierra y me enchocolaté todo.

Una mano se presentó brindándome apoyo para incorporarme; la tomé sin poder mirar el rostro del generoso transeúnte. Ya incorporado, y aún estrechando la diestra de mi amigo, su otra mano cubrió mi rostro: era una mano inmensa.

Se hizo visible aquel personaje gracias a que él mismo limpió mis ojos del barro. Ahí estaba, frente a aquel viejo que los días anteriores creí observar caminar muy temprano hacia el páramo.

A mis bastas, un pequeño animalito movía su cola y se enrollaba entre mis piernas.

—Es Trovador —dijo el anciano.

Respondí:

—No, señor, soy el nuevo médico.

—Lo sé, me refería al animal —enfaticó.

Me soltó la mano y la otra, con la que limpió mi rostro, se la restregó en su hombro contrario; dio vuelta y caminó sin decir una sola palabra. Mientras lo veía alejarse, grité para preguntarle:

—¡Sus señas, señor!

—Paqui, soy Paqui —respondió.

Nada más fue dicho entre los dos, y nos empezamos a alejar según nuestros rumbos.

En un instinto casi natural por no perder la oportunidad de hablar con un primer lugareño, di vuelta sobre mis pasos y me apresuré hasta alcanzar al anciano.

—¿Puedo acompañarlo?—

En el mismo lugar donde lo alcancé, tomó asiento. Una vez acomodado en el pasto aún mojado por la lluvia, levantó su cabeza y, mostrándome su rostro, me ofreció un “no” como respuesta silenciosa, moviéndola de un lado al otro.

Esperé por unos momentos con la intención de que su respuesta cambiara; sin embargo, aquel hombre se mantenía en su posición y sin más prisa que la de acariciar a su pequeño compañero, quien, por los halagos de su amo, solo movía su cabeza y ladró un par de veces.

Ante el desatento gesto de mi recipiente, intuí que le era molesta mi presencia; pero no me podía vencer su paciencia, así que me senté a su lado y, chasqueando mis dedos, llamé la atención de su perro para ofrecerle mis propias caricias.

Sin saber cómo entablar una conversación, hablé en voz alta:

—¿Sabía usted, mi señor, que este acto de acariciar a un pequeño animal es no solo considerado un gesto noble, sino además terapéutico? Existen estudios que indican que ayuda a reducir el estrés y a mejorar nuestro estado de ánimo.

Proseguí con varias frases relacionadas:

—Si usted acaricia a su animal y le ofrece calor a través de sus manos, y lo hace por más de 10 minutos, habrá de ser recompensado en su salud.

Me miró y sonrió. Luego de varios intentos, y para callarme, señaló:

—En efecto, estimado doctor, ello disminuye los niveles de cortisol y, por el contrario, favorece la secreción de dopamina y serotonina.

—¿Acaso es usted doctor también, señor Paqui?

—Algo así, podría decirse, pero de eso hace mucho tiempo... pero no más.

—¿Qué desea de mí? ¿Acaso será usted uno más de los que se burlarán de mi apariencia? —mencionó

—No, señor, al contrario. Quisiera que me ayude a conocer a qué tipo de personas he de encontrar aquí; pensé que, a su edad, conocería a muchos de sus vecinos y, según sé ahora, podría ofrecerme alguna guía para cuidar la salud de este pueblo.

Su perro, como era de esperar, volvió a su amo y él continuó acicalándolo; y, mientras lo hacía, me dijo:

—Este acto tan simple, aunque parezca de locos, ayuda además a disminuir la tensión arterial, pues siempre uno se puede desahogar mientras le habla a su perro. La terapia con animales es más popular de lo que se cree; produce oxitocina. De ahí las famosas hormonas de la felicidad, que mucha falta les hace a estas gentes.

Se incorporó y dijo:

—¿Quieres saber de este pueblo?

—Sí, por supuesto que quiero —respondí de inmediato.

—Entonces será mejor que tengas mucho tiempo disponible.

—Ahora mismo tengo todo el que usted requiera, señor Paqui.

Señalando un sendero aún visible a la distancia, me invitó a seguirlo; para ello mencionó con voz firme:

—Debo ir hacia allá y más allá aún; no puedo quedarme aquí mientras seca lodo en sus ropas. Tengo compromisos que cumplir, y si usted dispone de todo el tiempo, como dice, quizás pueda venir conmigo hasta cierto lugar y, a posterior, pueda regresar por el sendero, sin cuidado de perderse.

Sin pensarlo más, empezamos nuestro trayecto rumbo al páramo.

Capítulo IV

Entre hierbas



El señor Paqui prefirió no contar aún mayores detalles de los pobladores; más bien, me preguntó si conocía algo de hierbas medicinales y si era capaz de reconocerlas, a lo que inmediatamente respondí con un gesto de obvedad al levantar mis palmas y mover mis hombros simultáneamente. Mi madre era neurópata y, desde pequeño, estuve familiarizado con los temas alternativos como los oligoelementos, la aromaterapia, la reflexología podal y, por supuesto, la medicina botánica. Aunque siempre desistí de inclinarme por esa línea, en especial cuando, en la facultad de medicina, algunos prominentes médicos-docentes insistían en la poca evidencia científica que este tipo de prácticas aporta.

Para mí, esta pregunta me permitía demostrar al señor Paqui que le podía ser de utilidad en su empeño de recolectar algunas hierbas; así me granjearía su voluntad y podría entablar luego una mejor conversación sobre aquello que me era urgente: conocer del sector y sus carencias de salud.

El señor Paqui tenía ojos de águila, era sin duda un recolector meticoloso; tras pocos pasos ya había depositado en su pequeña alforja varias plantas. Me impresionó de inmediato cuando resumió lo que podríamos encontrar.

—En estos páramos andinos podremos encontrar hasta 112 especies diversas de plantas medicinales; de ellas, por lo menos 90 son nativas. Hemos registrado unas 16 introducidas y 6 de orden endémico. Todas ellas tienen capacidad de sanar más de 50 dolencias. Hay un buen número de ellas que nos ofrecen alivio seguro para la inflamación, problemas de circulación, dolor estomacal; varias son óptimas para las limpias, otras para el resfrío y la tos. No dejamos de tener a la mano algunas como cicatrizantes, aromatizantes, para cefaleas, baños posparto, fortificantes... En fin, muchacho, casi todo podemos tratarlo con el fruto de la tierra, con la luz, con el agua y la arcilla.

Señor Paqui, cuando usted dice “nosotros”, ¿a quiénes se refiere? —insistí en preguntar.

Como era común ante mis interrogatorios, respondía aquel viejo con esquivos, y solo dijo:

—A su tiempo lo entenderás; lo único que puedo decir es que no me refiero a Trovador y a este servidor.

La recolección fue un trámite prolijo, pues por más que había encontrado varias especies, no todas eran tomadas; al contrario, solo algunas se recolectaban y se hacía en pequeñas cantidades y con mucha meticolosidad.

—Mira, aquí hay ortiga macho; es silvestre, su nombre cien-

tífico es *Urtica leptophylla*. La he estado buscando porque la utilizaremos posiblemente entre hoy y mañana.

—¿La utilizaremos? —recalqué en preguntar.

—Sí, oíste bien: tú y yo la utilizaremos.

—Usted me dirá, señor Paqui, ¿y para qué sirve esta planta?

—Para beber su agüita como infusión... Ten calma, ya lo verás.

Continuó en su afán, y claramente recuerdo haber visto que la incluyó en una bolsa con muchas otras hierbas. Entonces volví a mis preguntas:

—¿Y qué no más hay ahí dentro?

—Aquí, mi doctorcito, hay hojitas de cedrón, toronjil, hierba luisa, alhelí blanco y morado; fruto de planta que no se marchita, es decir, sangorache. Todo eso será para la infusión.

Asentí con mi cabeza y continuamos por un largo sendero pedregoso. En algo más de tres horas dominamos un primer trayecto hasta llegar a una gran meseta; era una planicie hermosa, conformada en sus flancos por un par de colinas que mostraban señas de erosión. Sin duda estábamos a más de 3000 metros sobre el nivel del mar. Ya la lluvia de la mañana, que nos acompañó las primeras horas, había sido olvidada y nos calentaba, para entonces, un sol resplandeciente.

Caminamos en el plano por un sendero mejor marcado y llegamos hasta un sector lleno de piedras, muchas de ellas con incrustaciones sin duda formadas por la mano de hombre; ha-

bía algunas con signos en X y otras con líneas entrecruzadas.

El señor Paqui, ante mi asombro —que imagino dejaba notar por estar en aquel lugar—, indicó:

—Esta meseta se llama Quingos. Como podrás observar, este altiplano en forma de serpiente zigzaguea por entre sus colinas por más de 3 kilómetros y luego nos dará paso hacia nuestro destino final. De ahí su procedencia etimológica del quechua.

—No entiendo bien eso de etimología quechua, explíqueme, por favor.

—Simple, doctor: *Quingos* significa serpiente, y es la forma de este sendero. Mire cómo zigzaguea.

—Es un asentamiento arqueológico —me apresuré en decir, interrumpiendo al señor Paqui.

—Sí que lo es, mi joven doctor. Sigamos.

Retomamos el camino; los tres kilómetros me fueron de alivio para mis rodillas. Entonces me maravillé aún más al ver un cúmulo de piedras dispuestas en un orden claro, y supuse que era algún lugar de rituales. Cuando estuve a punto de ingresar a las barreras construidas en forma de cruz circular, el señor Paqui me detuvo con un gran golpe de voz.

—¡Hey, muchacho!, ¿qué haces? No puedes pisar esa tierra sin antes pedir permiso.

—¿Permiso? —respondí—. Pero si aquí no hay nadie más que usted y yo, y supongo que usted no será el dueño de toda

esta tierra.

—Por supuesto que no, ¿para qué serlo? Esto fue y sigue siendo tierra de nuestros ancestros. Mira, te explico.

—Esta formación que ves en forma de escalera se llama *chacana* o cruz andina, y en su interior se desarrollaban los rituales de purificación, de agradecimiento y de despojo de malas vibras. El ritual es un encuentro con la Pachamama.

El sitio era, sin duda, un asentamiento prehispánico.

—Aunque debes saber que la formación de esta meseta data del Terciario; por eso, lo que estás pisando, sin duda, son sedimentos volcánicos, conglomerados, areniscas, lutitas y otros mantos fosfáticos y de carbón.

Me quedé impresionado, por la descripción, el señor Paqui pasó de ser yerbatero a arqueólogo, y, conforme me explicaba otras cosas, como las costumbres de la cultura Cañari que sin duda se apostó aquí, lo pensé antropólogo; y cuando me hablaba de la fauna existente, y que jamás había visto —como los cuscungos, chucurillos, ñañas y otros—, lo creí biólogo. En definitiva, este ser ratificaba en cada paso su sabiduría y se convertía para mí en un verdadero sabio de sus tiempos.

—Bueno, usted, doctor, ha comprendido entonces. El sitio al que desea ingresar es sagrado; quizás merezca, por lo menos esta tierra, una petición de permiso de su parte, para situarse en el centro mismo de esta chacana.

—Sin duda, señor, ¿y cómo se hace?

—Muy fácil: solo una venia en dirección al sol, y pida entrar como si se estuviese dirigiendo a un ser vivo que le escucha. Adelante, usted sabrá qué decir.

Procedí, bajo mi intuición, a hacer una oración, como la que comúnmente hago, solo que esta vez no pedía a Dios sino al sol su favor.

—Lo ha hecho bien usted —me auguró mi compañero, y tomándome por el hombro ingresamos juntos al interior de un gran círculo circunscrito en el interior de la chacana; ahí había un árbol no muy grande, era un eucalipto.

—Como usted podrá advertir, desde este punto podemos mirar en 360 grados todas las cordilleras interandinas. Es magnífica la vista desde aquí, jovencito, ¿verdad? Es como ser el dueño de cada sendero y poseer para uno mismo el espectáculo del movimiento de las nubes.

Giramos en nuestro propio eje y pude ver decenas de elevaciones; a cada una de ellas el señor Paqui daba un nombre, que por su pronunciación no las recuerdo, más sí de algunas su significado. Una muy grande, en dirección poniente, era la cumbre de los varones gemelos; otra, menos lejana a nuestra ubicación, era la cumbre del camino del llanto; un imponente pico significaba la cumbre del descanso de oro.

De este sitio, si bien por todo lo que había visto y lo que para entonces escuché del señor Paqui, había algo que no calzaba aquí, pues de mis días de escolita allá en la ciudad, podía recordar que los eucaliptos no son una especie nativa del país, ni tan siquiera de la región andina, pues fueron introducidos recién en 1860, específicamente traídos de Australia como

regalo al entonces presidente García Moreno. Por lo que consideré la posibilidad de que este sitio, aunque arqueológico, aún era utilizado en la actualidad por alguien más. Imposible que fuera el señor Paqui su creador, pues una sola persona, para montar con piedras esa chacana sobre el suelo, le hubiese tomado varias semanas; y, además, el árbol aquel no tenía más de un metro de alto, y bien sabía que crecen a razón de un metro por año.

Para no quedar de estúpido, como ya había ocurrido antes cuando trataba de reseñar algo, preferí callarme y quedarme con la duda.

Pasamos en ese lugar varios minutos, disfrutando del viento en nuestro rostro y compartiendo algo de pan que el señor Paqui había traído en su morral. Luego continuamos nuestro camino hasta que el sendero se iba perdiendo nuevamente entre nueva vegetación y, a razón de minutos, llegamos a lo que sería el segundo tramo de nuestra caminata. En lo alto, un gran gavián surcaba los cielos.

—Debe buscar alguna guacamaya para alimentarse, o también comen saltamontes y roedores —señaló mi ilustrado compañero.

Capítulo V

El mal de altura



Este segundo tramo, me advirtió mi guía, sería el más hostil, por lo empinado del sendero, pero sobre todo por la travesía entre rocas, arena suelta y musgos que, cuando mojados, son un verdadero jabón para el caminante. No consideré preocupante la situación, pues durante las dos primeras horas me sentía fuerte y con ganas de continuar. Conforme nos adentramos en el sendero, cuyo nombre fue mencionado como el Cápac ñan o camino del Inca, y cuya distancia a nuestro destino conocería luego —siendo esta de menos de 4 kilómetros y con un desnivel de 800 metros—, sería una de las travesías más frustrantes que experimentarían en toda mi vida.

Poco a poco mis fuerzas diezmaban y requería mayores esfuerzos. El señor Paqui reservaba para mí, y en menores cantidades para su perro, el agua que, supongo, era la que él tenía pensada para un solo caminante.

Cada 15 minutos requería descansar; la cabeza la sentía muy pesada y, a cada paso, era mayor la dificultad para respirar.

Recuerdo vagamente que el señor Paqui, en un momento, me indicó que estábamos en un punto conocido como Runawañusca. Alcancé, con mi habitual imprudencia, a consultarle qué significaba aquella palabra y, para pesar mío, mencionó:

—No quieres saberlo, créeme.

Insistí, como siempre, y contestó:

—Significa lugar donde ha muerto una persona.

Creo que bastó aquello para entender que, en verdad, estaba en el punto equivocado. Había retado a un anciano a seguirle a un lugar desconocido; estaba totalmente agotado como para regresar sobre mis pasos, y solo recuerdo colapsar. Era la segunda vez en el día que caía al suelo. Estaba prácticamente arrodillado y, con mis palmas en el humedal, supliqué al señor Paqui su ayuda porque me invadía una tos seca que abatía todo mi cuerpo.

Abrió mi boca y puso una pequeña piedra de dulce en ella; me tranquilizó y luego me indicó que, en esas condiciones, sería imposible proseguir, que el mal de altura llegaría sin importar mi condición física y me afectaría al punto de causarme un edema pulmonar. Obviamente, no quería aquello, así que hice caso a todas las indicaciones que me supo dar el anciano.

Primero sería necesario regresar a la meseta de Quingos; ahí pasaríamos el resto de la tarde, pero no sería prudente descender más, a causa del cansancio que me suscitaría la ataxia, pues sería, incluso en descenso, una marcha descoordinada. Incluso habríamos de dormir ahí —advirtió.

Era tanto mi malestar que solicité al señor Paqui me ayudara con alguna de sus hierbas, a lo cual él ya lo tenía anticipado. Sacó de su morral un par de ramitas con frutos y hojitas verdes, que recuerdo las recolectó en el camino; en efecto, me indicaba Paqui que eran de capulí y que eso me restablecería, y correctamente fue así. Masticando hojas de capulí se controló mi ritmo cardíaco y había, en parte, suspendido los síntomas.

En contra de mis intenciones, detuve al señor Paqui en su trayecto; él se mostró apacible y, cual padre bondadoso, esperó todo el tiempo requerido para mi mejoría. Consumí casi todas sus provisiones y luego, con paso más moderado, retrocedimos en el trayecto.

Llegando nuevamente a la meseta, me sentí casi completamente restablecido; no hacía falta diagnóstico alguno. Entendía plenamente lo que pasaba y reconocí en el señor Paqui un verdadero guía experto de esos parajes. Nos dirigió hasta una pequeña quebrada en la cual una especie de cueva nos dio albergue: era una gran piedra que hacía frente a una de las quebradas. El señor Paqui no dejaba de deslumbrarme con sus acciones; en dicha cueva me supo indicar que él mismo descansaba a mitad de trayecto cuando el clima arreciaba.

En el lugar, Paqui tenía una pequeña caldera de metal, algunos troncos secos para leña y bastantes frutos secos, envueltos en un paño limpio y alejados del suelo para evitar las alimañas. No tardó en encender fuego, alimentarme y mostrarme una fuente de agua, de la cual fue a proveerse.

El lugar sin duda había sido acomodado por él, al punto que el pequeño Trovador incluso tenía un rincón reser-

vado, del cual tomó posesión de inmediato. Yo me sentía muy incómodo, porque luego de esas pocas horas junto a mi enigmático amigo, sentía que lo demoraba en su afán de llegar a un destino que tampoco ya me preocupé en solicitarle me informase.

Era mediodía para entonces, y el día era una buena noticia: el sol en su cenit, brisa refrescante, agua recién hervida y provisto de té de menta con las hierbas del señor Paqui, comida a mano; en fin, todo daba a entender que la tarde sería ideal para conversar un poco más con mi mágico amigo. Pero, como siempre, nunca mis planes con él eran lo que yo pretendía.

Una vez más, Paqui daba cuenta de su obrar para mi asombro.

—Estarás bien aquí, muchacho; yo debo continuar. Mañana temprano estaré de vuelta otra vez, hay algo que debo atender. Trovador cuidará de ti y te hará compañía. Disfruta del lugar y aprovecha para pensar en tus padres o, si tienes novia, sea en ella tus pensamientos.

Salió de la cueva, pero regresó de inmediato, solo para decir:

—Por cierto, disfruta de la noche que te regalará este cielo. No dejes de avivar el fuego y, si aun así tienes frío, hay una manta detrás de aquellos juncos secos —señalando el mismo lugar donde estaba reposando Trovador.

—Esta noche será de equinoccio, así que durará las mismas 12 horas que el día; será limpia de nubes y podrás ver ese manto hermoso llamado cielo. Ubica la Cruz del Sur y podrás orientarte por si deseas intuir por dónde está tu hogar

allá abajo. En otras fechas, este lugar hubiese estado lleno de gente celebrando la fertilidad de la *Killa mama*, de la madre luna —sonrió— mientras volteaba para nuevamente salir y alejarse.

No era tan atrevido ni para pedirle nuevamente me llevase con él o para retornar solo al pueblo; me quedaba confiar en que regresaría al día siguiente por mí. Tenía, por lo menos, la compañía de Trovador.

Luego de almorzarme muchas de sus provisiones y de gozar del clima y el té, me dispuse a una siesta, de la cual solo me repuse luego de que Trovador lamiese mi frente. Desperté y, al mirar mi reloj, había descansado hasta media tarde, así que, bajo las instrucciones de Paqui, se suponía tan solo tres horas de luz adicionales; imposible para mí, en esa situación, pensar siquiera en acercarme al pueblo.

Considerando, así mismo, las indicaciones de Paqui, y sabiéndome instruido en aquello de la *chakana* y de su lógica ritual, tomé algunos de los frutos secos que había —entre ellos también, después de cocidos, estaban habas y maíz— y los llevé conmigo hasta el sitio ceremonial. Supuse hacer honor a Paqui improvisando, con la manta en el suelo, una acción de gracias a la tierra, y esperaba a la llegada de la luna para ello.

Capítulo VI

Mirando el cielo



Nunca he tenido temor a la oscuridad y no estaba muy distante la chakana de la cueva, así que esperé con paciencia a que llegase la noche. La luna se presentó igual de majestuosa que su compañero de la mañana; a cambio de los rayos solares, me acompañaba el resplandor de un redondo faro.

De pequeño me fascinó siempre este satélite, y conocía sus nombres en cada paso mensual: así, en enero, la luna del lobo; febrero era la luna de nieve o del hielo; para marzo, bienvenida la luna de la lombriz; la luna rosada en abril; la de las flores en mayo; junio, la de las fresas; julio, la del trueno; y comprendí entonces por qué a la de septiembre le decían la luna del maíz o la cosecha; en octubre, la del cazador; entre las que recordaba de las historias contadas por mi padre.

Al evocar a mi padre, agradecí de él esas noches mirando el cielo y explicándome de las constelaciones y su relación con la mitología. Supongo que el telescopio que me regaló de niño hoy sería de mucha ayuda. Sin dejarme vencer por la melancolía de no estar con mis padres, proseguí con el ritual.

Ofrecí a la tierra, en esa noche, el maíz con mucha bondad y, por primera vez, despojándome de mi condición médica, empecé a valorar de mejor manera el oficio de mi madre,

quien siempre mostraba un respeto infinito por todo lo que la naturaleza proveía. Un plenilunio me acompañaría por 12 horas y, aunque según registros médicos no se ha podido asociarlo a fases de insomnio, para mí era ahora comprensible el hecho de disfrutarla despierto.

Incluso el pequeño Trovador parecía emocionado; de vez en cuando su aullido interrumpía la calma noche. Seguro estaba de que no se trataba de un licántropo —para mi favor—, porque, caso contrario, ahí mismo hubiesen colapsado mis sentidos. Sin duda, el pequeño animal me fue de gran utilidad, pues era un guía formidable para moverme en la oscuridad entre mi albergue y la chakana.

Mucho frío hacía para las 8 p. m., así que decidí regresar a la cueva; mis ánimos de seguir fueron vencidos por la noche. En el trayecto, y siendo la meseta un amplio mirador, a más de la inmensa luna y de cientos de estrellas, logré divisar en las lejanías pequeñas luces en las cumbres aledañas. Intuí de inmediato que las demás comunidades estaban celebrando, a diferencia de aquí, el equinoccio.

Eso me llamó nuevamente a la reflexión, y mis interrogantes de inicio volvieron a mí: ¿cuál fue la razón para que este bello paraje haya dejado de ser sitio de encuentro en una noche tan importante como esta?

Algo, sin duda, más allá de mis conocimientos, escapaba de mi razón, y no logré responder a todas mis preguntas. Además, ingenuamente me interrogaba: ¿a dónde, de todas aquellas luces, habrá ido a llegar el señor Paqui?

Mi retina poco a poco se fue acoplando a la oscuridad, y veía el horizonte lejano como las estrellas; por más pequeñas, algunas aparecían y formaban constelaciones advertibles desde el Ecuador. Me fue fácil ubicar a Escorpión, Orión, Centauro y la recomendada Cruz del Sur; la estrella más brillante, sin dudarlo, Júpiter; y si despertara temprano, antes de la aurora o del llamado crepúsculo matutino, sería posible reconocer Venus y Marte.

Ya en la cueva y sin tener un interlocutor, y en mi afán de aprovechar estas maravillas celestinas, me referí a Trovador mientras acariciaba su lomo.

—Pequeño, ¿sabes que existen dos constelaciones parecidas a ti? Una toma por nombre Can Menor y otra cercana se llama el Can Mayor. No las podremos ver, y es inútil: así las advirtiera y quisiera mostrártelas, no serías capaz de atenderme. Pero te narraré una de las historias que mi padre contaba:

—Había una vez una zorra llamada Teumesia que era imposible de cazar, y en tanto había un perro que nunca perdía una presa. Como ambos animales eran considerados implacables, un personaje llamado Céfalo trató de impresionar al dios Zeus para ver si era capaz de resolver la paradoja siguiente: si el perro, cuyo nombre era Lélape, nunca pierde una presa y se le ordena cazar a la zorra Teumesia, que a su vez nunca podrá ser cazada, ¿cómo Zeus, siendo un dios, resolvería el problema?

—Zeus, en su gran sabiduría, dijo que eso se resolvería de manera fácil, y que mientras el perro cace y la zorra escape, el

problema estaba resuelto. Ante ello, Céfalo, cazador astuto, señaló que eso estaría bien mientras la caza y el escape sean eternos, lo cual terminaría cuando uno de los dos animales se rinda. Entonces Zeus nuevamente dijo que eso es aún más fácil de resolver, y entonces convirtió a los dos animales en piedra y los elevó al cielo en forma de constelaciones, una tras de otra, siguiéndose de manera eterna. Así resolvió Zeus la paradoja, y en el cielo quedaron los dos animales, siendo el Can Mayor Lélape y el Can Menor Teumesia.

Hay otras historias que te podría contar. Por decirte: hay un planeta que nunca nadie jamás conocerá, pero a su vez es de los más conocidos; esa sí es una paradoja. Y yo te voy a resolver ese problema: es el asteroide B-612.

Entonces, y como para conciliar el sueño, traté de recordar en silencio varios pasajes del *Principito*, esto mientras mi pequeño compañero me abrigaba. Finalmente, me habré quedado dormido.

El resto de la noche pasó inadvertida y, con los primeros rayos de sol, desperté. Las provisiones que me dejó el señor Paqui sirvieron para preparar té de menta y, además, para esperar pacientemente su retorno, lo cual no tardó en darse. Trovador, al verlo llegar, se abalanzó hacia su amo, y este correspondía como un niño ante su mascota: las caricias mutuas se dejaron ver, abrazos y lamidas.

Con un “buenos días” me saludó a su llegada, a la vez que extendía en el suelo un paño blanco, del cual se desprendieron gran variedad de alimentos cocinados: habas, maíz, papa, ajíes, chochos, ocas, quinua, zapallo, melloco, combinaban

con pedazos de carne. Era mucha comida y, además, trajo consigo una calabaza seca en la cual había de servirme una bebida fermentada a la que llamó “chicha de masato”.

—Venga, mi querido doctor, compartamos esta pamba mesa —señaló—. Coma y beba a placer; tengamos nuestra propia fiesta del Kulla Raymi, claro, en un horario nada habitual.

No quería desperdiciar esa oportunidad para saciar mi hambre, que estaba de alguna forma controlada por los granos secos que consumí el día anterior. Nos deleitamos Trovador y yo, en tanto el señor Paqui se limitó a beber un poco del fermento.

Me dijo:

—Lo que sobre de granos y proteínas, lo secaremos de inmediato a fuego lento y esperaremos a que se enfríen al viento. Usted, como médico, sabe la ventaja de ello.

Por supuesto —respondí—:

—Aumenta la vida útil del alimento, no se pierden lípidos ni sus grasas, sin mencionar que se disminuyen los espacios para su almacenamiento y la optimización de su transporte.

—Exacto, mi querido amigo, por ello los deshidrataremos de inmediato. Pero, en este caso, no los transportaremos a ningún lado, sino que serán provisión en esta alacena natural —señalando las paredes de la cueva.

Ayudé en lo que pude a mi amable compañero de travesía, aunque reconozco que él solo lo hacía de manera magistral.

En esta faena provoqué nuevamente una conversación con el astuto hombre.

Le pregunté:

—¿Cómo usted solo ha cocinado todo esto? ¿Acaso regresó al pueblo y lo preparó en su casa con la ayuda de alguien más?

—No, doctor, imposible; en el pueblo los jóvenes no hacen ya loa al Kulla Raymi, que corresponde al inicio del periodo agrícola. Se ha perdido también la fiesta de las flores y frutas, que se desarrollaba el 21 de marzo y a la que se le llama Pawkar Raymi. Del Inti Raymi, que es la fiesta del sol por la cosecha de junio, solo quedan recuerdos; y del Kapak Raymi del 21 de diciembre, fue reemplazado por la Navidad, sin dejar rastro de la fiesta en la que se preparaba a los nuevos líderes jóvenes.

—Eso es muy grave para la cultura del pueblo, su folclore y para la identidad de las personas, señor Paqui —si bien lo dije con convencimiento, sentí a la vez una pena profunda, porque logré entender que había una ruptura generacional que había llevado a que los lugareños dejaran de lado algo tan sagrado como el preservar sus raíces.

—Es una pena, pero así es. Si usted deseaba saber algo de este pueblo, se lo he resumido. Espero haberle podido ayudar en sus intenciones, doctor. No quiero retenerlo más conmigo, y está en su libertad de regresar por el sendero hacia el pueblo; no hay temor en perderse, pues basta seguir camino abajo.

—Para nada, mi señor. Tengo varias consultas más. Y, de acuerdo a lo que usted me dice, todo este alimento no lo pre-

paró en el pueblo; y, con base en el recorrido que pude hacer ayer por la noche, puedo advertir que no hay cercanamente ningún asentamiento conocido.

—Señor Paqui, sé también que perdí mi oportunidad de seguir a su lado por haberme derrumbado en el camino del hombre muerto, pero, si usted me da otra oportunidad, reposaré otro día aquí en la meseta para aclimatarme y luego continuar a su lado, hasta aquel lugar que sé que existe, pero que usted no quiere que conozca.

—*Runawañusca* —me corrigió.

—Sí, señor Paqui, permítame conocer un poco más quedándome con usted.

Creo que reconoció en mí aquella terquedad que me impulsa a persistir hasta conseguir lo que deseo y por lo cual no me daría por vencido en mi insistencia de quedarme con él y llegar a donde sea que vaya. Así que accedió con la condición de que le explicase cuál era mi misión como salubrista en el pueblo, y que además le ayudara con nuevas recolecciones de plantas medicinales.

Cumplí con sus requerimientos y, ya entrada la tarde, me ofreció un taller de preparación de infusiones, con todas las características milagrosas que las plantas recolectadas brindaban.

Para no cambiar su opinión sobre seguir juntos, me dispuse a aprender lo más calladamente, claro, probando además cada brebaje.

Capítulo VII

Llegando a Nueva Esperanza



La noche pasó sin novedades y, con los primeros rayos de sol —obviamente luego del desayuno— iniciamos el camino. Trovador adelantaba el paso cada cierto tiempo y retornaba a nosotros. Sin duda, el pequeño animal estaba tan ansioso de llegar como los caminantes. El señor Paqui no comentó mucho del destino, pero, conforme avanzábamos en el paso, sus ojos brillaban mucho más.

Como era de esperarse, el que los retrasaba era yo. Alcancé, a suspiros, coronar el *Runawañusca* y, luego de un camino de menor pendiente que el del ascenso, empezamos a descender por las quebradas con menos trajín. De repente, y luego de bordear un sendero lleno de árboles de quinuas —o como decía mi guía, “árbol de papel”— se presentó ante mis ojos una explanada verde, cobijada por nubes; un par de ríos que se veían, a la distancia, como dos hilos dispuestos al azar, se juntaban en el horizonte, y un gran cóndor andino surcaba los aires. Sentí, en ese momento, la inmensidad de la naturaleza y me invadió la alegría.

Alcancé a decir: —Mire qué bello es todo esto—, en tanto él solo sonreía y avanzaba más rápido por el paraje. Qué equi-

vocado había estado al principio, pensando que el anciano en su paso lento era sinónimo de fragilidad.

Trovador corrió despavorido y desapareció entre el denso forraje que empezaba a situarse a la altura de nuestras pantorrillas. Decidí llamarlo, temiendo que se perdiese y nosotros con él, pero el señor Paqui mencionó que él sabía a dónde ir y que no lo veríamos sino hasta el mediodía.

En efecto, pasaron menos de dos horas del trayecto: los áridos terrenos pasaron a ser pajonales, luego humedales y finalmente una gran arboleda. Es ahí donde, entre cientos de eucaliptos, alisos y molles, volvimos a escuchar el ladrar de Trovador.

A lo lejos se lo veía venir, pero no estaba solo: alguien venía con el pequeño animal y, entre luz y sombra, se divisó el perfil de un caminante ágil y movedizo.

A gritos se saludaron con el señor Paqui.

—Viejo, siempre tarde —una voz casi infantil se dejó oír.

—No me amargues el día, muchacho —respondía el señor Paqui.

Así, entre saludos y respuestas juguetonas, tomamos cercanía y, a los brazos de Paqui, se lanzó un niño de unos 10 años; con ojos vivaces, pequeño en estatura y con una agilidad impresionante que le permitió, en una *tas*, colgarse del cuello de mi compañero. El pequeño no cesó de besarle, mientras el señor Paqui correspondía todo ese cariño como si fuera otro infante.

El rostro de Paqui se iluminó de inmediato al contacto con el muchacho. Sin embargo, el júbilo pasó al momento en que el infante mencionó:

—Pa, no has llegado a tiempo, apúrate, él llora mucho y la Dulita está muy mal.

Incrédulo por lo que escuchaba, pregunté:

—¿En verdad es su hijo, señor Paqui?

—No faltaba más, doctor; de este y muchos más. Quizás haya sido un error volver por usted, debí quedarme con ellos dos. Apresúrese, doctor, venga conmigo.

El pequeño se soltó del señor Paqui y, advirtiendo mi presencia, trató de tocarme, pero su pequeña mano no logró el objetivo. Se volvió a las piernas del señor Paqui y rotaba alrededor de ellas. Me miraba incrédulo y preguntó:

—Pa, ¿quién es este?

—Aún no lo sé —respondía el señor Paqui.

Su respuesta me causó asombro, lo confieso, pues esperaba algo más cercano a un “amigo” o quizás un “colega”.

Más allá de aquella respuesta poco apreciada, apresuramos nuestro caminar. Adelante siempre el pequeño, y yo apoyando ahora a Paqui en su correr, llegamos al destino. Por la prisa no pude retener, en primer momento, la belleza del lugar —que luego describiré por todo el asombro que causó en mí.

Abriéndonos paso entre gentes que no intentaron interrumpir nuestra llegada hasta una pequeña choza, ingresamos en

ella y encontramos a una mujer joven casi agonizante y, a su lado, otra mujer de más edad que cuidaba de un recién nacido.

Con natural sincronía entre Paqui y yo, él señaló para que fuera por el pequeño, en tanto él se ocupaba de la joven.

En mi caso, examiné al bebé y lo encontré perfectamente, aunque no podía seguir el protocolo habitual de tomar su peso, talla o el perímetro cefálico. Se correspondía, a buen criterio, a un peso regular de más o menos 7 libras y unos 50 cm de talla. Examiné la piel del bebé, cabeza, cuello, abdomen, genitales y evalué sus reflejos, dando buenas respuestas al Moro, al de búsqueda y al de succión. Hubiese sido para mí ideal hacer pruebas de cribado, pero en medio de la nada eso era simplemente imposible y absurdo considerar un laboratorio. Por el color de piel, descarté ictericia. No era de preocupación, sino al contrario: las erupciones, o mejor llamado eritema tóxico, sabía que en siete días desaparecería.

Me imaginé que la preocupación de la mujer que cuidaba del niño era por una hemorragia subconjuntival, que se mostraba en el ojo derecho, pero nada por preocuparse, más allá del cuidado para que, al pasar de las semanas, se desvanezca.

Devolví al niño a su improvisada cuna y me percaté de que, para mantenerlo caliente, habían ubicado bajo el corral y en una de las esquinas una pequeña lámpara petromax. Le expliqué a la mujer que todo estaba bien y que simplemente su llanto era por hambre. Alguien, a quien no identifiqué, salió de inmediato y retornó con un tetero y empezó a alimentar al niño.

El señor Paqui había iniciado la revisión de la joven. Ella desfallecía y, casi alucinante, decía de manera repetitiva:

—Quiero ver a mi niño... no lo veo... estoy ciega...

—Quiero verlo... por favor...

El señor Paqui, aunque estaba muy tranquilo e imaginé tenía ya su propio diagnóstico, me miró y me dijo:

—¿Sabes a qué se debe su estado?

—Pues creo intuir. Es evidente que la muchacha tiene sobrepeso y no me extrañaría que estemos presentes ante una persona con presión arterial alta.

—En efecto, doctor, Dulita ha desarrollado incluso diabetes.

—Correcto, señor Paqui. Dulita entonces tiene preeclampsia posparto y, entre los síntomas probables, la visión borrosa e incluso la pérdida temporal de la vista no serían raros. Es por ello por lo que no logra ver a su hijo.

—Entonces ahora, de acuerdo los dos, por favor ofrezcamos alivio a esta madre.

—Mi morral, por favor —solicitó el señor Paqui a la mujer que lo asistía.

De ahí escogió las hierbas y dio órdenes específicas para preparar un par de infusiones y un baño de asiento. Al cabo de poco tiempo, retornaban los mandados y fueron suministrados a la tratante.

Así, sin darnos cuenta, nos pasó el día. Salimos de la choza solo cuando madre e hijo estaban seguros.

Capítulo VIII

Conociendo a la tribu



Un grupo de unas 30 personas esperaba con paciencia alrededor de una hoguera que les ofrecía calor y, a la vez, el suficiente fuego para cocinar; evidentemente estaban separados por alguna forma de agrupación y conformaban un gran círculo. Los más pequeños, que eran en número no más de 4, permanecían acomodados entre las polleras de las mujeres, muchas de ellas ya de edad mayor; y los adolescentes, de pie, hacían guardia para situar entre ellos a unos pocos hombres.

Un murmullo permanente hacía sincronía con el sonido fuerte de alguna fuente de agua cercana, que no logré divisar de inmediato. Entre los destellos de luz que ofrecía el fuego en medio de la noche, se me permitió advertir algunas chozas de adobe y paja, y varios corrales con animales. Poco a poco, los murmullos se silenciaron cuando el señor Paqui empezó a hablar.

Sin necesidad de tomar fuerza en su voz, el señor Paqui elevó su mano, con la palma abierta, en dirección al fuego, y cuando esta se situó a la altura de su pecho expresó:

—Así como ustedes prometieron por mí...

Y en un solo tono los demás respondieron:

—Así también nosotros.

Pensé que se trataba de una secta o algo parecido. La verdad, no le di mayor importancia.

Luego de este protocolar saludo, todos rompieron su formación y volvieron a lo que deben haber sido sus oficios: las mujeres dirigieron sus prisas a las ollas de barro y los jóvenes varones dieron vuelta y tomaron el sendero por el que antes habían llegado; se perdieron al poco tiempo, y tras de ellos unos cuantos perros, incluido Trovador, que también reconocía a su camada. Los niños se apoderaron de Paqui; sus miradas fulgurantes reconocían en él alguna suerte de padre.

Dos ancianos quedaron sentados en lo que antes era el círculo humano. Hicieron señas para que nos acercásemos; y, ya junto a ellos, Paqui besó sus manos y ellos correspondieron con igual gesto. Eran notablemente más longevos que mi primer anfitrión.

Si Paqui tenía 71, no era difícil suponer, por el aspecto de sus recipientes, que estos debían tener no menos de 90. En efecto, así fue; el señor Paqui expresó, señalando al que saludó al final:

—Este es Bartolomé y tiene 92 años, dos más que mi padre Ignazio —señalando al otro anciano.

Sonreí, pues este último llevaba el mismo nombre que mi padre, a quien no había visto desde que salí de la ciudad días atrás.

Volvió a decir:

—Así como ustedes prometieron por mí...

Entre cortadamente los ancianos alcanzaron a balbucear:

—Así también nosotros.

Sonrió con ellos y se miraron con ternura.

—Mire, doctor, este es mi verdadero hogar. Se llama Nueva Esperanza, y el nombre fue puesto hace casi 35 años, cuando el destino y los jóvenes de aquel pueblo al que usted fue enviado a servir los desterró, junto a Bartolomé y a su familia. Luego Ignazio se les unió por insistencia mía.

—¿Qué mal cometieron? —se interrogó a sí mismo—. Pues ser simplemente distintos... simplemente viejos, como yo lo soy ahora.

—No entiendo, señor Paqui.

—Me lo imagino, doctor, y no hace falta que ahora lo intente. Por ahora usted merece un buen descanso. Ya varios trabajos han tenido que superar entre ayer y hoy.

Me mostró con sus manos una de las chozas y me encaminó hacia una de ellas.

—Trate de recuperar fuerzas. En breve, alguien le llevará comida y, luego que haya dormido algunas horas, yo mismo iré por usted y podré explicarle todo.

Cuando llegué al albergue que prepararon para mí mientras atendimos a Dulita, ahí me esperaba una pequeña vasija de

la cual se desprendía humo y un olor exquisito. El hambre había agudizado mi olfato y, sin preocuparme de reconocer si ese plato estaba dispuesto para alguien más, ni quién lo trajo con anterioridad, lo degusté en un dos por tres. Comí mesuradamente, pues la cantidad no daba para la gula, y, habiendo calmado el hambre, dirigí mis fuerzas para alcanzar un catre cercano y tumbarme sobre él.

Cerré los ojos simplemente, y me quedé dormido sin dudas. Una voz me despertó.

Creí oír decir “Paqui, Paqui”, pero se dirigían a mí.

Al abrir mis ojos, estaba de pie junto a mí el anciano Bartolomé; decía con voz apacible, aunque insistente:

—Doctor, vamos, es hora de reunirnos con la aldea y saber si lo aceptan aquí.

—Pero recién me he recostado...

—No, doctor, han pasado por lo menos seis horas, y el amanecer es la mejor de las circunstancias para asearnos, desayunar con los demás y luego explicar su presencia.

Me tomé pocos minutos y dispúseme a seguir la rutina que estableció para mí el anciano Bartolomé. Lo del aseo y desayuno, como cualquier otro, supuse; aunque todos permanecían en silencio, sus miradas hablaban sin duda, en especial la de los más pequeños.

El señor Paqui fue y tomó lugar junto al que dijo ser su padre y al otro de nombre Bartolomé. Le dijo algo en voz tan baja que no alcancé a escuchar lo que decían; solamente su padre,

con una venia, asintió con la cabeza, y del otro lado Bartolomé hizo la correspondiente negativa.

El señor Paqui se levantó y me pidió que me retirara a mi choza. Mirándome con sospecha me explicó:

—Mire, no hay consenso para que usted se quede; sin embargo, de los tres, por lo menos dos estamos de acuerdo: mi padre y yo.

—Pero señor Paqui, ¿de qué se trata todo esto?

—Eso busco explicárselo, pero sin el consentimiento de Fr. Bartolomé no puedo. Pero, como siempre, está en usted la decisión: si desea esperar lo puede hacer, o, al contrario, está bien que lo regrese al pueblo...

Interrumpí para decir:

—¿Acaso usted dijo *Fray Bartolomé*?

—Sí, es lo que escuchó.

Por la presencia de un cura, supuse que no podría entonces tratarse de una secta o algo maléfico, aunque sí estaba muy consternado por tanto secretismo. Por lo que apelé a Paqui para quedarme hasta saber si podían llegar a un acuerdo.

Pasé todo el día restante en la choza; aproveché unas aberturas que había para observar las rutinas de la gente. Hacia el oeste, en dirección a la senda, había muchos árboles de eucalipto y sauces típicos; estos últimos crecen cerca de ríos o lagunas, y debía así ser, porque ya entrada la tarde los hombres regresaban alegremente con mucho pescado que, enseguida, era destripado y salado por las mujeres.

El señor Paqui parecía también cautivo, pero era lógico que estaba al cuidado de la otrora paciente Dulita y salía de cuando en cuando para ir de aquí para allá; a buena vista de mí, Fr. Bartolomé. En una de esas idas y vueltas, salió más presuroso y corrió hacia donde estaba. Me imaginé lo peor respecto del recién nacido. No estuve equivocado, pues, de un grito, me ordenó correr y hacer que mi oficio se correspondiera con la situación.

Cuando llegué a donde Dulita, ella estaba bien y reposaba agitada cerca del niño, quien —a su criterio— era el que requería cuidados extremos; cuestionaba, alborotada, su madre. El señor Paqui llegó tras de mí y ordenó salir a Dulita, quien, entre sollozos, se negaba a alejarse de su criatura. Pero se impuso el jerarca y quedamos él, yo y el niño.

—No se preocupe, doctor; esta es la oportunidad para que la tribu lo acepte. Este niño no solo está bien, sino muy sano, y sus lloros son simplemente por su advenediza madre, que aún no distingue entre hambre y dolor. Yo dejaré ahora esto en sus manos.

—¿Qué cosa, señor Paqui?

—Pues dele de comer —diciendo esto, salió.

Entre la rendija pude ver que nuevamente fue hasta donde el Fray, quien para entonces tenía a su alrededor a medio grupo de 15 a 20 personas. Les dijo algo, y este, para ahora, decía con su cabeza que sí. El señor Paqui lo había convencido de mi permanencia y nuevamente quedé admirado por Paqui, quien aprovechó esta oportunidad para hacerme, ante los ojos de los demás, un bienhechor de ellos.

Luego de mi faena con el infante comensal, el señor Paqui dejó entrar a Dulita y ahora yo explicaba a la pequeña mujer, entre llantos de su hijo, qué hacer y cómo hacerlo cuando se reproduzca una situación similar. Una vez amamantado, me permití mostrarle cómo manipular a la criatura para que el niño expulse el aire acumulado por la succión.

Le pregunté cómo lo llamarían y me dijo que se llamaría como usted y como Paqui.

—¿Cuál es su nombre? —interrogó la neófita madre.

Respondí por mis señas, y enseguida la mujer tomó al bebé y lo destinó hacia afuera, no sin antes cubrirlo con una piel entre las varias que estaban a su alcance. Salió del lugar orgullosa de su primogénito y, en un castellano un poco atropellado, nombró ante los demás:

—Aquí uno más que prometerán por nosotros. Lo llamaremos Doctor Rodrigo, en honor de este buen hombre y de Paqui.

Me asombré y, sin querer ser grosero, pregunté cómo que en mi nombre lo bautizan así.

—Sí, usted me respondió que su nombre era Doctor algo, así que le he bautizado con su primer nombre “Doctor” y Rodrigo por Paqui, y así quedará por siempre.

Reí en mis adentros, y una nueva lección aprendida ahora en Nueva Esperanza: es inútil, cuando te preguntan por tus nombres, anteponer un título; eso para ellos no existe, asumieron que lo de “Doctor” era un nombre como cualquier otro.

Todos felices se acercaban a mimar a la madre y al hijo. Se abrió paso un jovencuelo, un poco avergonzado, que era azuzado por los demás varones, que le decían:

—Anda, anda a ver a tu guagua.

Era el padre del pequeño Doctor Rodrigo, un mozuelo delgado, con cabellos lacios como púas y mejillas enrojecidas, casi como si estuviese afectado por la rosácea eritemato-teleangiectásica; aquel *flushing* en la zona centrofacial. Sin embargo, esto era por el intenso frío soportado por sus años en el páramo y que habría dejado como huella indeleble para este muchacho que, al parecer, no tenía más de 18 años.

Llegó hasta Dulita y, de entre sus ropas, sacó un par de flores blancas y, luego de besar al niño en la frente, se precipitó al suelo para ofrecerle mil besos a Dulita en los pies. Lloraba como un pequeño más y sus lágrimas se escurrían, desde los hinchados dedos hasta las sandalias. Esto duró algo más de un minuto y toda esta tribu ofrendó regalos al recién nacido. Una mujer ya anciana tomó al infante y, tras de ella, las demás; retornaron cada quien, a sus quehaceres, y yo quedé nuevamente ahí, impávido, en una aparente soledad absoluta.

Capítulo IX

Descubriendo un secreto



—¿Cómo que su nombre es Rodrigo, señor Paqui?

—Sí, doctor, ese es mi nombre. Hace mucho tiempo que nadie me llama así. Pero de eso no hay mucho ahora que contar. Mejor permítame decirle que ahora es bienvenido entre nosotros. El pequeño a quien cuidó y que lleva nuestros nombres es quien lo ha elegido así.

Reí junto a él y, por vez primera, acerté a sus interlineados pensamientos, al decir:

—Me imagino que usted generó toda una historia de hazaña de cuidados médicos ante Fr. Bartolomé, aprovechando el ataque de hambre de la criatura.

—Tal cual. Pero no me arrepiento, y creo que a esta gente ya era hora que otro médico los atienda.

—O sea, que usted sí es médico.

—Sí, doctor, pero mejor pienso que lo fui hace mucho tiempo y que ya es hora de dejar que otro más joven tomé el encargo.

—No pensaré en mí...

—Ni más ni menos: en usted mismo. Y esta noche tendremos su recibimiento.

En ese momento me di cuenta de que estaba en un sueño inconsciente por la caída sobre el enlodado fango, recuerdo sí que caí de bruces: mi boca besó aquella tierra y me encholaté todo...

Desperté. El frío barro aún cubría mi boca. Trovador movía la cola, impaciente. Una sombra me tendía la mano para ayudarme a incorporarme. El viento soplaba como si nada hubiese pasado. Ninguna aldea. Ninguna choza. Ninguna fogata. Solo la meseta de Quingos extendiéndose frente a mí.

Me tomó unos segundos reconocer que había vuelto a aquel día, al instante mismo en que había caído de bruces antes de seguirlo hacia el páramo. El corazón me golpeaba como queriendo salir de mi pecho. Lo miré. Él me sostuvo la mirada, sin sorpresa, como si supiera que la escena acababa de repetirse.

—Vamos, doctor —creí escuchar—. Falta camino todavía.

Camine en silencio. Ya no necesitaba preguntar nada. Algo en mí, profundo e irrenunciable, sabía que aquel sueño no era del todo sueño. Había sido memoria. O advertencia. O destino. Paquí y yo éramos la misma sombra proyectada en tiempos distintos. Era yo quien llegaría a ser él. Y él era, simplemente, lo que yo sería.

Al llegar nuevamente al pueblo, miré el dispensario: las paredes gastadas, los frascos vacíos, la soledad de una casa sin visitas. Todo aquello ahora tenía sentido. El propósito no

estaba abajo, sino arriba; no en los registros, sino en las manos; no en los papeles, sino en las vidas.

Esa misma tarde colgué mi mandil en la percha. No dije adiós. No era necesario. Nadie me esperaba aún en ese pueblo, y, sin embargo, muchos me esperaban más allá.

Tomé mi morral. Me acompañó un pequeño perro, a quien nombre de inmediato como Trovador. Quien se adelantó por el sendero.

El señor Paqui —ese yo que aún no era— caminaba a mi costado.

Su voz, serena, dijo:

—Hay hijos de un pueblo que nadie quiso recordar. Nos aguardan. Allá donde el viento junta los ríos y las montañas guardan los nombres antiguos.

No volví nunca más a mi tierra de origen.

Ese pueblo que me recibió solo como médico, me despidió caminante.

Desde entonces, me convertí en guardián de los desterrados. Hermano de los que sobrevivieron a la fiebre y al olvido.

Entendí finalmente que Paqui y yo somos una misma persona. Solo que ahora, ya viejo, no sé por qué mi subconsciente me lleva a este sueño cada noche.

Quizás para recordarme cómo, a tan solo cuatro días de haber llegado a aquel pueblo, el nacimiento de un niño bastó para que me quedara a cuidar a todos aquí.

Bajaba, de vez en cuando, al pueblo por algunas medicinas.

Pero nunca regresé a mi tierra. Esta se volvió mi propia historia.

Soy ahora aquel que sigue los pasos de la serpiente de Quingos, buscando a los suyos.

Y así fue como empezó mi verdadera vida.

La que soñé cuando era joven.

La que viví cuando envejecí.

La que ahora visito cada noche, cuando cierro los ojos.

Porque Paqui y yo somos la misma persona.

Solo que en distintos tiempos del mismo camino.



Dedicatoria

A los pueblos andinos que huyeron a zonas altas (páramos) durante epidemias. Como ocurrió en: la epidemia de fiebre bubónica en los Andes (1900-1920); y en la gripe española en Ecuador y Perú (1918-1920).

Muchas comunidades abandonaron sus valles y formaron pueblos ocultos en páramos o quebradas altas, exactamente como *Nueva Esperanza*. Esto se documenta especialmente en la provincia del Azuay y Cañar (Ecuador); Sierra de Piura y Ayabaca (Perú); y el Altiplano de Potosí y Chuquisaca (Bolivia).

Pido también perdón a mi esposa y a mis hijos por los largos días de encierro durante la pandemia. Los mantuve demasiado alejados del mundo, casi enclaustrados por el miedo de perderlos. Hoy entiendo que el miedo puede cerrar puertas, aunque nazca del amor más profundo que un padre y un esposo puede sentir.





¿Quién fue Paqui?

En náhuatl, Paqui significa alegrarse, estar contento o feliz. También se puede traducir como estar bien, lozano o sano. Por ejemplo, “nipaqui” significa “yo soy feliz”, y “tipaqui” significa “tú eres feliz”.

En aymara, la palabra “p’aki” en aymara, que significa roto, quebrado o abierto, y puede referirse a un objeto o un estado emocional como “corazón roto”. La palabra se utiliza en diversas formas, como “p’aki” (romper), “p’akita” (roto), y se puede expresar como “chuyma p’aki” para decir “corazón roto”.

Paqui (náhuatl): Feliz.

P’aki (aymara): Corazón roto.

El caminante es feliz, aunque lleva el corazón roto.

Entonces, *Paqui* es un hombre feliz, aunque lleva su corazón roto. Exactamente como el médico que se convierte en camino.

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...



Epílogo

Yaraví del caminante

(Para ser dicho casi en susurro, como si la voz se astillara.
Cada verso debe tener silencio después).

I

Ay..
Tierra de Quingos,
serpiente dormida..
ay, ay..
donde el viento lleva nombres
que ya no responden.

¡Ay!
Pueblo sin campanas,
pueblo sin regreso..
Dónde están tus hijos..
Dónde tu fuego...

II

Se fue el doctor,
con su mandil manchado de barro..
Se fue el muchacho,
con el pecho lleno de mundo...

Cayó al fango,
y allí..
allí se quedó su nombre.

Que ya no fue doctor,
ni fue señor,
ni fue hijo de nadie.

Fue Paqui.
Fue camino.
Fue silencio.

III

Ay, ay...

Madre que pariste en penumbra...
Tu leche temblaba como la luna partida...
y el niño lloró
como lloran los que llegan sin destino.

Pero vivió...

porque alguien lo sostuvo.
Porque alguien lo llamó hijo,
sin sangre,
sin dios,
sin papeles.

IV

Ay...

Escuchen la quebrada...
Ahí suena un nombre que se repite.

Paqui... Paqui... Paqui...

No llama a otro.
Se llama a sí mismo.
Se llama desde el pasado.
Se contesta desde el futuro.

V

Pueblo de Nueva Esperanza,
semilla desterrada...
no moriste.
No.

Te escondiste donde la muerte no sube.
Te guardaste donde el Estado no mira.
Te tejiste entre la niebla
para que no te roben el alma.

Ay...
Pero cuánto duele sobrevivir.

VI

Y ahora que soy viejo
y mis huesos recuerdan cada paso...
entiendo.

Yo también fui el muchacho
que cayó de bruces,
que no sabía nada.

Y ahora soy el que camina lento,
con el perro fiel,
y las hierbas en la cintura,
y el silencio en los ojos.

VII

Ay..

Escuchen bien:

Paqui y yo somos la misma persona.

El que llegó.

El que se quedó.

El que nunca volvió.

El que fue camino
para otros pies cansados.

VIII

Y cuando cierre los ojos,
no habrá tumba.
No habrá cruz.
No habrá nombre.

Solo la tierra
que me reconocerá
como se reconoce a un hijo que vuelve.

Ay..

Ay..

Qué largo es el camino
cuando uno se convierte en él.

Datos del autor

Fernando Pesántez-Avilés



Es un escritor dedicado a la literatura y a la educación, campo al que ha dedicado más de treinta años de su vida. Es doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de La Habana (Cuba) y actualmente es vicerrector general de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador.

Sus publicaciones se centran principalmente en temas de inclusión, acceso y justicia social. En el ámbito literario ha escrito las novelas *Los palacios caídos*, *Nuka Simón*, *La caja naranja*, *Los misterios de Curuchupa* y *Crespi, más allá de las cenizas*. Es coautor de *Los tres banquetes*.

Hoy su escritura también es un camino para seguir adelante y buscar rehacerse a través de la palabra.



